

El macedonio no es Filipo V ni su hijo Alejandro Magno. Es el personaje que se aparece a Pablo en una visión nocturna y le suplica que vaya a ayudarles, provocando el salto del evangelio de Asia a Europa.

En este volumen, Andrónico y su familia siguen comentando el libro de los Hechos, concretamente los actuales capítulos 13-18, donde se cuentan tres viajes de Pablo: una misión en la zona sur y central de la actual Turquía, una ida a Jerusalén para resolver las tensiones surgidas entre esa comunidad y la de Antioquía de Siria, y otro viaje misionero, que, tras la visión del macedonio, lo lleva a diversas ciudades griegas, desde Filipos hasta Corinto.

Pero Andrónico aprovecha la lectura de los Hechos para que su familia conozca algunas cartas de Pablo, bien íntegramente (Gálatas y 1 Tesalonicenses), o en algunas de sus partes (1 Corintios, Romanos). Dejándose llevar por la clara relación entre el tema debatido en Jerusalén y la carta a los Gálatas, comienza por ella. Desde un punto de vista cronológico es un error, porque la mayoría de los comentaristas sitúa Gálatas varios años después. Pero seamos comprensivos con Andrónico, que no conoce los resultados de la ciencia bíblica moderna.

Para la inmensa mayoría de los católicos actuales, que de las cartas de Pablo sólo sabe que existen, que se leen en la

misa, y que no hay quien las entienda, el contacto con estos textos puede suponer (así lo espero) una agradable sorpresa. No son cartas puramente doctrinales, al margen de la realidad cotidiana, sino respuestas vivas a problemas candentes, de enorme actualidad. Muchas cosas cambiarían en la iglesia si dedicásemos más tiempo a leer los evangelios y las cartas de Pablo. Quizá por eso no se leen.

El comentario en familia es una forma de «exégesis coral». Que nadie busque el término en una manual de crítica literaria o de introducción a la Biblia: acabo de inventármelo. Quiero expresar con él que un texto bíblico, igual que cualquier texto literario, provoca o puede provocar reacciones muy distintas según el tipo de lector. Ante el relato de un milagro, uno puede sentirse entusiasmado y otro escéptico. Ante un discurso, el grado de acuerdo y aceptación será también muy variable. La «exégesis coral» tiene en cuenta distintas reacciones posibles y, al mismo tiempo, acepta el principio de que «cuatro ojos ven más que dos»: lo que no se le ocurre a uno, se le ocurre a otro.

También ha sido «coral» la aportación de sugerencias y la búsqueda de erratas en la redacción de estas páginas: Ignacio Maury, Gabriela Giampetruzzi y María del Mar Gil se merecen por ello todo mi agradecimiento. Gabriela, además, ha tenido la paciencia y la habilidad necesarias para realizar casi todos los mapas que aparecen en la obra.

Atendiendo a sus sugerencias, comienzo con la lista de los principales personajes.

Andrónico. Protagonista de la historia. Nacido en Tróade el año cuarto de Nerón (58 de nuestra era). Livia es para él como una hermana mayor. Casado con Lucila, tiene dos hijos: Elena y Néstor.

Ascanio. Abuelo de Talía, hombre de gran cultura y simpatizante de la filosofía estoica. Su espléndida biblioteca y su

disponibilidad supondrán una gran ayuda para los datos geográficos e históricos.

Leví. Escriba judío convertido al cristianismo, gran conocedor de las Escrituras y de las tradiciones de Israel. Casado con Tamar y enfermo desde hace años, Andrónico deberá siempre ir a visitarlo.

Livia. Cristiana de origen judío y padres esenios, adoptada desde muy joven por los padres de Andrónico, ha sido para éste como una hermana mayor y para Néstor una especie de abuela y de educadora.

Lucila. Esposa de Andrónico, mujer práctica y muy entregada a los miembros más necesitados de la comunidad. Es la que impone algo de sensatez cuando las discusiones corren peligro de perderse en el vacío.

Néstor. Hijo menor de Andrónico y Lucila, casado con Talía, con quien tiene tres hijos.

Talía. Esposa de Néstor, de origen pagano, convertida pocos años atrás al cristianismo. Mujer de gran cultura y extraordinarias ansias de saber.

Tamar. Esposa de Leví, mujer de fino sentido del humor.

En comparación con el primer volumen, éste dedica mucho más espacio a los apéndices. Me pareció útil incluir una serie de datos que no podían aparecer en la parte novelada pero que ayudan a comprender mejor el relato del libro de los Hechos y las cartas de Pablo.

Pontificio Instituto Bíblico
Roma, 21 de abril de 2006

1

Preparativos y complicaciones

La enfermedad de Livia, que supuso una larga interrupción en nuestras reuniones, me ofreció la oportunidad de leer y releer el texto de Lucas, que terminé sabiéndome casi de memoria. Y también las cartas de Pablo, un mundo más complejo, a veces árido, que requería mayor dosis de concentración. Pero lo fundamental en aquel período fue la creciente amistad con Leví. Lo que comenzó por una visita interesada ha terminado convirtiéndose en una relación profunda, un deseo, casi necesidad, de compartir ideas. Y en mi caso, no me avergüenza decirlo, de aprender. La supremacía de Leví no radica en su edad, ya que es sólo unos años mayor que yo. Radica en su origen judío, su preparación desde niño para convertirse en escriba, sus estudios interrumpidos por la terrible guerra contra Roma, que terminaría con la caída de Jerusalén, su búsqueda azarosa de un sitio donde rehacer la vida, la continua desconfianza a que debió enfrentarse en todas partes del Imperio por el simple hecho de ser judío y, más tarde, las críticas y el odio de los mismos judíos cuando lo vieron unirse cada vez más a nosotros, los cristianos.

Estas frecuentes conversaciones, en las que siempre estaba presente Tamar, me sugirieron la idea de regalarles una copia de la obra de Lucas que estábamos comentando en casa. Al principio pensé simplemente prestarle mi ejemplar. Pero mi intención no era sólo que lo leyese, sino poder discutir con él

las dudas que fueran surgiendo. Para eso era preciso que dispusiese de una copia. No suponía un desembolso excesivo y estaba seguro de que Lucila compartiría mi opinión. Los gastos a favor de un enfermo siempre le han parecido plenamente justificados. Y así, un día me presenté en su casa con un ejemplar radiantemente nuevo y lo puse en sus manos.

–Para vosotros. No digo que sea un pequeño regalo, porque Lucas me habría matado.

Leví y Tamar ocultaron a duras penas su emoción, desconcertados por algo que no esperaban.

–Os advierto que es un regalo interesado –les dije–. Vais a tener que explicarme muchas cosas.

–Todas las que hagan falta –balbuceó él agradecido.

* * *

A Livia no la tenía olvidada. Todos los días me sentaba un rato junto a su lecho para contarle mis charlas con Leví y Tamar. Tarea difícil, porque significa interesarla en algo y, al mismo tiempo, prohibirle hablar para que no se renovasen sus ataques de tos. La cantidad de pócimas que le habían hecho beber sólo podían curarla o matarla. Afortunadamente, ocurrió lo primero, y al cabo de un mes experimentó una rápida mejoría.

Todos, empezando por ella, deseábamos reanudar las reuniones, cuyo comienzo fijamos para el principio de la semana siguiente. La única condición que le impusimos a Livia fue la de no encargarse de ningún episodio ni tener que hablar hasta que su recuperación fuera plena.

Pero, antes de comenzar las reuniones, ocurrió algo que influyó decisivamente en su desarrollo y que debo contarte. Talía, que las echaba de menos, me pidió un día el rollo de Lucas para seguir leyendo por su cuenta. Al cabo de una semana me lo devolvió desanimada.

–Siempre me ha gustado leer, pero con esta obra me resulta imposible hacerlo sola. Me he acostumbrado a comentar lo que se me ocurre, a escuchar a los otros... Sin embargo, creo que ha sido útil lo poco que he leído. ¿Quieres que te recite una lista?

Y, sin darme tiempo a afirmar ni negar, enumeró de forma rápida, demostrando una vez más su espléndida memoria:

–Seleucia, Chipre, Salamina, Pafos, Perge de Panfilia, Antioquía de Pisidia, Iconio, Licaonia, Listra, Derbe. ¿Qué te parece?

–La ruta de una caravana de mercaderes –bromeé.

–La ruta del viaje misionero de Bernabé y Pablo.

–Ya lo sé. ¿Qué pasa con eso?

–Que yo no sé nada de esos sitios. Y me imagino que madre y Livia tampoco.

–No pienses que yo sé mucho. En algunos de ellos he estado, pero sólo de paso.

–¿Y cómo vamos a comentar el viaje si no sabemos nada de esas ciudades y regiones?

No me había planteado ese problema, pero reconocí interiormente que Talía tenía razón.

–No es lo mismo –prosiguió ella– que prediquen en una aldea o en una gran ciudad, que haya sinagoga o no la haya, que deban hacer muchas millas o pocas, que recorran una llanura o se adentren por montañas escarpadas¹.

–Lucas nunca hace referencia a las distancias entre las ciudades.

–Porque es muy mal historiador –rió ella imitando a Néstor–. Se me ha ocurrido una idea, a ver qué te parece: pedirle

¹ Véase el Apéndice 1: «Viajar en tiempos de Pablo».

a mi abuelo que busque los datos interesantes sobre cada sitio. Yo después selecciono los que considere convenientes y os los cuento.

—¿Y de dónde va a sacar tu abuelo esos datos? Aquí se habla de infinidad de lugares, algunos poco importantes.

—Es cuestión de preguntarle. Seguro que encuentra algo en su biblioteca. Además, lo hará con mucho gusto. No tiene nada que hacer en todo el día.

Horas más tarde vino a mi encuentro con cara de felicidad.

—Mi abuelo empezó como siempre: poniendo dificultades, quejándose de que no ha podido comprar algunas obras importantes... Luego se fue animando, buscó en la biblioteca y me enseñó algunos rollos que serían de interés. ¿Sabes que Plinio, el de la *Historia natural*, habla al principio de los distintos pueblos del mundo? A mí sólo me interesaban las anécdotas sobre los animales y esos primeros libros me los salté. De todos modos, mi abuelo dice que Plinio casi se limita a dar una serie de nombres de ciudades, de ríos, de montes... Para él es mucho más interesante otro autor, Estrabón, que ha escrito una *Geografía* muy extensa. Y también me ha hablado de Diodoro de Sicilia, de Heródoto...

—El mundo ha cambiado mucho desde Heródoto. Han pasado más de cinco siglos.

—Bueno, tú déjalo que investigue. Luego yo me encargo de seleccionar lo que parezca interesante. También me ha aconsejado que Néstor y tú habléis con los mercaderes que recorren esas regiones; no saben geografía, pero conocen detalles muy interesantes que podrían sernos útiles.

Pensé en Apolodoro y Aristarco. Ya eran viejos y hacía años que no realizaban largos viajes. Algo sabrían, de todos modos. Y Néstor estaría en contacto con sus hijos y con otros mercaderes.

La disponibilidad de Ascanio y su consejo de consultar a mercaderes aumentarían nuestros conocimientos. Pero, con

vista a las reuniones, la situación se volvía cada vez más compleja. Ya no se trataba simplemente de preparar el comentario al texto, había que recoger informaciones de muy diversas fuentes. Leví aportaría su interesante punto de vista sobre la obra de Lucas. Ascanio, a través de Talía, información sobre ciudades y regiones. Néstor, algo parecido, desde el punto de vista de los mercaderes.

Cuando comenté en familia estas novedades, todos las aceptaron sin problema. Pero yo no acababa de sentirme tranquilo. Cabía el peligro de perderse entre informaciones tan variadas y olvidar el mensaje esencial de Lucas. Preocupado, acudí a Leví. Me escuchó atentamente y, al final, me formuló una extraña pregunta:

–¿Qué habría pensado Lucas de eso?

–¿A qué te refieres?

–A completar los datos que él ofrece.

No pude evitar una sonrisa.

–Se habría asombrado de mi temeridad. Diría que lo que él no escribió no es necesario.

–Me lo imaginaba. No es que esté totalmente de acuerdo con él, pero lo comprendo. Él cuenta lo que considera esencial y omite lo que piensa que puede distraer al lector.

–Tú estarías de acuerdo con Néstor en que Lucas no es un buen historiador.

–¿Eso dice tu hijo? Yo no llegaría a tanto. Pienso que es un historiador algo especial.

Hizo una pausa y me preguntó con expresión enigmática:

–¿Sabes lo que más me emocionó de todo el primer viaje misionero de Pablo y Bernabé?

–Me lo imagino: lo que dice Pablo al final, que tenemos que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios.

Sonrió satisfecho.

–Sabía que ibas a decirme eso. Pero te has equivocado. Lo que más me emocionaron fueron estas palabras: «Se hicieron a la vela en Pafos y llegaron a Perge de Panfilia. Desde Perge siguieron hasta Antioquía de Pisidia».

–¿Me estás tomando el pelo?

Tamar se introdujo en la conversación.

–Es cierto, Andrónico. Cuando lo leyó, casi se le saltaron las lágrimas.

No podía yo imaginar el motivo hasta que Leví me lo explicó.

–Ese mismo viaje, desde Pafos hasta Antioquía, lo hice yo hace años, cuando iba buscando una ciudad donde asentarme. Afortunadamente, tuvimos buen tiempo, pero algunos marineros comentaban los terribles peligros que habían pasado en otros momentos. Por fin llegamos a Perge. Pero Perge no está en la costa, hay que seguir navegando río arriba siete u ocho millas para llegar a su puerto; luego se caminan otras pocas millas hasta la ciudad. Una semana más tarde, cuando se formó un grupo suficientemente grande, emprendimos el camino de Antioquía. Algo más de cien millas, si no recuerdo mal. ¿Sabes cuánto tardamos?

Hice un rápido cálculo.

–¿Cuatro días?

–Siete. Los tres primeros fueron terribles, por los barrancos del río Cestro y, más tarde, subiendo y subiendo por un paisaje desolado, pasando hambre y frío, y con el miedo a los bandidos... Pero mereció la pena. En Antioquía conocí a una muchacha bastante simpática que estuvo dispuesta a aguantarme. Y todavía me aguanta.

La cara de Tamar rebosaba satisfacción. Pero yo pensaba en Talía.

–A mi nuera le habría encantado escucharte. Esos detalles le interesan mucho y los echa de menos.

–Pues yo comprendo a Lucas. ¿Qué más da que entre Perge y Antioquía haya cien millas o doscientas?, ¿que se tarde una semana o quince días?

–Pero Pablo habla a veces de lo dura que le resultó su actividad misionera. De los naufragios, los bandidos, el hambre, la sed...

–Ahí está la intuición de Lucas, Andrónico. Cualquier viajero puede sufrir un naufragio, pasar hambre y sed, ser asaltado por bandidos... Lo que distingue a Pablo y Bernabé es otro tipo de dificultades. ¿Sabrías decirme cuáles?

–Me recuerdas a Lucas, cuando me examinaba siendo yo joven. Te refieres a las persecuciones, ¿verdad?

–Exactamente. Eso es lo fundamental, no las millas ni los paisajes. Que te persigan, te denuncien, te insulten, te apedreen, y sigas empeñado en predicar el evangelio.

–¿Qué hacemos entonces? ¿Eliminamos todas esas cuestiones?

–Si a Talía le gustan, no veo problema en tratarlas. Con tal de que no perdáis de vista lo esencial.

Su respuesta moderada supuso un alivio. Me dispuse a volver a casa, y cuando estaba ya de pie me asaltó la curiosidad.

–¿Por qué no os quedasteis a vivir en Antioquía de Pisidia? Esta vez fue Tamar quien se anticipó.

–Es una historia muy larga, Andrónico. Ya te la contaremos.

–Y no digas que Antioquía está en Pisidia, porque no lo está –completó Leví.

–Yo digo lo que dice Lucas –me excusé.

–Es que Lucas es muy mal geógrafo.

Su carcajada me acompañó calle abajo.